

29 filij

Feria Internacional
del Libro Infantil
y Juvenil

Seminario Internacional
de Fomento a la Lectura

Leer literatura:

un momento para el encuentro
entre el niño y el adulto.



La literatura infantil no es ingenua. Caperucita, una y otra vez.

Graciela Bialet | Sin dudas, cuando uno piensa en cuentos para niños, *Caperucita Roja* es el clásico que se nos representa, y algunas de sus posibles lecturas permiten desnudar, a través de los siglos, características y connotaciones que los contextos sociales y políticos le van dando al género literario dedicado a lectores infantiles. *Caperucita Roja* fue escrito por el francés Charles Perrault (1628-1703), quien no escribió este cuento para niños, sino para las jóvenes “de vida ligera” de la corte francesa de aquellos años. Fueron los niños quienes lo hicieron suyo con el correr de los años... Eso dicen... ¿Pero será tan así? ¿O algún adulto didactista reformuló esta historia para moralizarlos?... mmm... Tengo mis dudas, fundadas en las siguientes reflexiones.

En la versión original de Charles Perrault, Caperucita era una niña muy bonita e ingenua: “La pobre niña, que no sabía que era peligroso detenerse a hablar con un lobo, le dijo...” y allí empezó su desgracia.

El lobo, como se sabe, la engaña y se la come... ¡a las dos se las come!: a la abuela primero, se “la devoró en un santiamén, pues hacía más de tres días que no comía”; y después a Caperucita. El lobo le respondió: “¡Para comerte mejor! Y diciendo estas palabras, este lobo malo se abalanzó sobre Caperucita Roja y se la comió”. Fin del cuento. Así, como si tal cosa... como si nada... Sin final feliz, sin leñador al rescate. (El leñador salvador de las versiones actuales apareció casi un siglo después, de la mano de los hermanos Grimm [1785-1863] dedicados a la recopilación y reescritura de varios cuentos que circularon durante la Edad Media y el Renacimiento.)

Siguiendo con la versión original, a la abuela el lobo se la comió porque tenía mucho apetito y ¿a la Caperucita?... Otro ...mmm... acá viene lo interesante. Y es que Perrault escribió *Caperucita Roja* para moralizar a las jóvenes que ingenuamente se dejaban seducir, por entrar en la cama con el lobo... Cito: “Caperucita Roja se desviste y se mete a la cama y quedó muy asombrada al ver la forma de su abuela en camisa de dormir.”

La chica merecía un castigo ejemplificador por andar metiéndose con extraños (y no tan extraños...). La moraleja explícita que C. Perrault dejó bien sentada, un par de renglones, luego del final del cuento, afirma:

Vemos aquí que las adolescentes/ y más las jovencitas elegantes/ bien hechas y bonitas,/ hacen mal en oír a ciertas gentes,/ y que no hay que extrañarse de la broma/ de que a tantas el lobo se las coma./ Digo el lobo, porque estos animales no todos son iguales:/ los hay con un carácter excelente y humor afable,/ dulce y complaciente, que sin ruido,/ sin hiel ni irritación/ persiguen a las jóvenes doncellas,/ llegando detrás de ellas a la casa y hasta la habitación./ ¿Quién ignora que lobos tan melosos/ son los más peligrosos?

Con esta moraleja el autor hace público un reclamo de alerta y control a la vida privada de las jóvenes.

El cuento recorrió siglos. Entre doncellas, al principio, y luego entre los niños. De hecho, recién en el siglo XX comenzó el proceso de legitimación de la literatura infantil, y el XX, la infanto juvenil. Desde entonces, las hadas, los duendes, los dragones, los príncipes, los seres encantados, los dotados de poderes mágicos pintaron un mapa ficcional donde canalizar las demandas del imaginario de niños y jóvenes.

Y ese imaginario que corrió de boca en boca, de página en página, de décadas en décadas, se compartió y socializó configurando un imaginario colectivo. Porque si algo tiene en común la humanidad, es que pasa por la infancia, aunque a veces lo olvide. Ese modo colectivo de interpretar la realidad se constituye a partir de las ideas y palabras puestas en los discursos, de la realidad cotidiana y también los de la ficción, o sea que los cuentos de la literatura terminan siendo “no tan cuentos”. Y es que en la literatura se ven reflejadas las prácticas sociales y los valores que circulan en una sociedad, en un tiempo, dejando su marca a través de generaciones. Entonces el imaginario termina actuando como regulador de las conductas —ya sea en adhesión o por rechazo— produciendo hechos reales y efectos concretos sobre las personas, su psique, sus acciones y su vida de relación. Legitima e impone un modo de ser y comportarse.

Por eso, a pesar de los finales suavizantes que le imprimieron los Grimm y mucho después los productos cinematográficos Disney, la *Caperucita Roja* sigue

diciéndole a las niñas "¡Ojo con el lobo!" (bueno, a los niños también, pero convengamos que la connotación de no dejarse llevar a la cama por cualquiera es más moralizadora, aún —tres siglos después— para las mujeres...).

Caperucita vivía en un pueblo, empieza así el cuento. Si era la más bonita y su caperuza roja la distinguía entre otras niñas, se entiende que convivía socialmente entre otros y los demás la reconocían.

Sin embargo, es en el bosque donde ocurre el encuentro con el lobo. En la profundidad y la soledad del bosque. Y es en la cama, en la intimidad de la cama, donde el lobo finalmente la come.

Caperucita Roja tiró la aldaba y la puerta se abrió. Viéndola entrar, el lobo le dijo, mientras se escondía en la cama bajo la frazada: /—Deja la torta y el tarrito de mantequilla en la repisa y ven a acostarte conmigo./ Caperucita Roja se desviste y se mete a la cama y quedó muy asombrada al ver la forma de su abuela en camisa de dormir. Ella le dijo: /—Abuela, ¡qué brazos tan grandes tienes!

Y sigue la andanada de preguntas por el estilo, hasta el "... para comerte mejor".

Es en el sitio de la privacidad donde sucede el delito. ¿Cuál delito? ¿El del crimen del lobo o el de la puesta en público de la acción ingenua de la niña que, primero le habla en el bosque, luego se desviste y finalmente entra en la cama con él? Caperucita pierde la vida (en aquella versión original), pero las niñas, de allí en más, sabrán que en cualquier momento pueden perder también la intimidad, puede ocurrir que queden al descubierto sus acciones privadas. El silencio entre las paredes del cuarto se rompe. (Cualquier parecido con alguna realidad cercana corre por cuenta de quien lee.)

Sucede que Caperucita, más allá de fijar en el imaginario colectivo el metamensaje de "ojo con el lobo", recuerda que lo que uno esconde o trata de barrer bajo a la alfombra, puede ser puesto a la luz luego del engaño del lobo.

La intimidad al desnudo. ¡Ojo con quien te metes! Conocidos o no. El lobo no era un desconocido

para Caperucita, la niña sabía que debía huir de su encanto, se lo habían advertido. Pero el crimen no sucedió en un lugar público, sino en la intimidad, el asesino atacó en lugares privados...

Y vuelve al ataque el imaginario colectivo con la moraleja de Caperucita "¡ojo, eh!". Y es que para eso fue escrito el cuento de la Caperucita, para asegurar y ponderar socialmente una premisa machista de época, en la cual los derechos privados de los varones primaban por sobre el de las mujeres. Jamás de lo jamases la niña hubiese engañado al lobo y, menos aún, se lo hubiera comido. Es que en esa época tampoco se hubiese escrito un cuento para moralizar a los hombres, amenazando su intimidad. Recordemos que este cuento data del siglo XVII.

Al final y atando cabos, la literatura para niños no es nada ingenua.

Caperucita está en el imaginario de todos, pero al imaginario lo enriquecemos con nuevos discursos. Y en este sentido, hacen falta nuevos discursos. Los cuentos clásicos pueden llevar, mediante el diálogo con los niños, a reflexionar acerca de estas y otras interpretaciones del texto. No es desdibujando ni cambiando finales como contribuye la literatura a generar ingeniosas ideas, sino precisamente accionando sobre ellas, meditando y debatiendo, opinando y recreando novedosos y contextualizados conceptos, sin miedo a incursionar en temas tabúes (porque de lo contrario sobre "eso" sólo sienta opinión la TV), acercando otros textos (un buen cuento siempre lleva a otro), acompañando a los chicos en su proceso de construcción como verdaderos lectores-pensadores que enriquecen y se enriquecen, y no como meros reproductores de ideas ajenas.

Los niños y las niñas piden una y otra vez el mismo cuento, y de generación en generación, como es el caso de los clásicos, porque es precisamente a través de la reproducción y la reiteración como se va estructurando el imaginario colectivo que nos contiene. Fue a través de la repetición que la humanidad construyó su conocimiento del mundo cotidiano y del fantástico. La escritura tiene como génesis la misma intención: preservar un texto... ¿Para qué? Para volver a recrearlo cada vez que se le necesite.

O sea, que cuando un pequeñito pide que le cuenten una y otra vez la misma historia, está reproduciendo el modo de conocer que tiene el hombre desde que es hombre. Volver a escuchar esa simiente de palabras, hechos, mensajes y metamensajes para ponerla a germinar en su fértil y nuevo modo de interpretar la realidad.

Por ello, es muy interesante y constructivo que se ofrezcan a los niños, en el caso de los clásicos, diversas versiones de un mismo texto, por ejemplo, cualquier versión de *Caperucita* que llega a manos del chico, pero también la de Perrault, la de los Grimm, y las modernas: *Caperucita roja, verde, amarilla, azul y blanca* de Bruno Munari y Enrica Agostinelli; *Caperucita Roja (tal como se lo contaron a Jorge)* de Luis Ma. Pescetti; *Caperucita en Manhattan* de Carmen Martín Gaité, o la reciente *Caperucita verde y otros clásicos recargados* de Andrés Sobico. La idea es contraponer versiones como un desafío. Y desde ahí, a otros cuentos con otras niñas desobedientes (*Ricitos de oro*), o a otros lobos (*El lobito bueno* de José Agustín Goytisolo). Se podrá pasar al tema de los miedos, tal vez... (*Miedo* de Graciela Cabal, o *Había una vez un niño llamado Perico* de Toño Malpica).

Ningún texto es igual a otro. Ningún lector es igual a otro. Ningún niño es igual a otro.

“Así sean hermanos gemelos o compartan el mismo pupitre en el salón, pueden ser totalmente distintos. Ningún especialista sabe lo que usted sabe sobre ese niño concreto que espera un libro justo, en un momento justo de su vida. Confíe en esa sabiduría instintiva. Sus propios niños son su primer texto de lectura”, como bien recomienda Yolanda Reyes.

Por eso es que se hace necesario pensar en la diversidad de opciones, de gustos y de elecciones como única manera de acceder a la multiplicidad de voces que la literatura puede desplegar. Y en este sentido un buen recurso es registrar lo que los chicos eligen. Luego de unos cuantos registros —donde se estipule el título, autor y una idea de lo que trata el libro— se podrá seguir un patrón de preferencias. Y esta información será útil a la hora de acercar libros

de ese mismo autor a ese lector, o de esa temática preferida, y también para contraproponer modelos. Supongamos que una niñita elige siempre el mismo libro bobo de una Barbie (mmm... ¿cómo llegó esa Barbie a la biblioteca?) se le podrá ofrecer *¿Está lista la princesa?* de Graciela Repún, un cuento sobre una anti-heroína, como así también diversas versiones de *Cenicienta*. O sea, que el desafío será siempre provocar escenarios donde lectores pequeños y textos “grandes” se encuentren. Pero si no sabemos qué le gusta leer a esa niña, o si nos conformamos con que tenemos 30 alumnos en la sala y le damos un texto único, a todos por igual, o si nos resignamos con que sólo tenemos unos poquitos libros ajados y ya... Bueno, esas son también elecciones que los adultos hacemos. La resignación es una elección. Existen las bibliotecas escolares, las populares, las privadas, en cualquiera de ellas se puede hallar un par de libros, algunas versiones de *Caperucita*; y hasta se puede pensar en salir a reclamar el justo derecho de los niños a disponer de cuentos, por las plazas, por las oficinas, por el centro...

A la hora de recomendar libros para niños es muy importante, entonces, saber lo que a los chicos, a cada chico, le gustaría leer. Porque cuando uno los consulta, también los involucra. Es como cuando le preguntamos a nuestros hijos ¿qué quieres tomar? chocolatada o yogur. Más probabilidades de que ingieran su merienda tendremos si ellos eligen lo que quieren. Pero también está la opinión del pediatra, de los especialistas, que saben qué es mejor para ese cuerpo en crecimiento. Esa voz especializada de las revistas como *Cuatrogatos*, *Imaginaria*, *siete calderos mágicos*, *Espantapájaros* (todas ellas publicaciones virtuales gratuitas), entre otras, son una ayuda permanente a la difusión de textos, colecciones, editoriales, autores e ilustradores hispanoamericanos para niños.

Por último, y aunque parezca una perogrullada, es necesario insistir en afirmar que la literatura infantil es literatura. No es un compás de espera hasta que los chicos crezcan, ni un puente excusa para enseñar Ciencias Sociales, ni Naturales, ni siquiera Español (o Castellano, como en realidad se llama el idioma

que hablamos). Es arte, y por lo tanto educa, porque como dijo Goethe, "todo lo bello educa", educa el alma, alfabetiza las emociones y la sensibilidad, despierta nuevas ideas, pero jamás, nunca, didactiza al lector. Hay que desconfiar de los libros para niños que disfrazan como cuento un texto pedagógico (... como el lobo que para seducir a Caperucita se puso el camión de la abuela...). Si le enseñamos a nuestros niños que mentir es malo ¿por qué los engañaríamos con cuentos? Hay una "prueba" que no falla nunca: si un niño luego de leer un cuento pregunta "¿pero es cierto que pasó eso?", o sea, si el cuento le "hizo el cuento", estamos frente a una experiencia literaria. En cambio si luego de leer un cuento, es el adulto quien afirma "es cierto eso que dice el cuento, porque... ta, ta, ta..." y surge la clase de lo que sea... mmm... dudamos de ese texto, o de la intención del mediador, del editor y hasta del escritor.

A los niños les encantan los cuentos, más aún si el adulto querido que tiene al alcance, se los lee "con amor y ternura, que es del único modo en que se leen los cuentos", como dice la Declaración de los Derechos de los Niños a escuchar cuentos (Cerlalc). La literatura tiende su cúpula encantadora entre el lector y el lector, sólo hay que facilitar el encuentro, y ya. Sin trampas. Con convicción del poder de las palabras, de la literatura y del arte.

Volvamos a Caperucita, la de siempre, aquella que se detuvo a jugar en el bosque. Se entretuvo juntando avellanas, armando ramos de flores silvestres y correteando mariposas. El lobo la engañó, fue por el camino más corto, la metió en su cama y se la comió. La niña contrarió el mandato. ¡Pero cuidado! El asesino es el lobo.

Caperucita Roja está más roja que nunca, está furiosa. Ya no quiere que vuelvan a engañarla. Jamás.